

sación tan física al desasosegante sueño que está teniendo.

A señalar también la maestría en el diálogo, en ese diálogo vivaz de las relaciones sociales, pero también en ese diálogo profundo y mesurado que tiene la misión de presentarnos mediante las propias palabras al sacerdote, el padre Vitores, personaje interesante por diversos aspectos. También serán las palabras las que delaten constantemente a Sonsoles. Parece como si Guelbenzu pretendiese la paradoja de que fuesen las palabras las que retratasen a dos personajes dispuestos a callar siempre.

Los preparativos de la boda y la ceremonia y convite mismos sirven de ocasión excelente para que Mariana de Marco, la juez noveletera, dialogue con los personajes y trate de encajar todas las piezas del inmenso puzzle. La sensación que tendrá Mariana al final de su periplo es la de haber introducido su mano en un avispero (p. 250).

Pero convendremos que el encanto, y la excelencia, de las buenas novelas de misterio, o policíacas, radica no tanto en la solución a un misterio (el atractivo de solucionar un rompecabezas, el disfrute de una historia que se va construyendo pieza a pieza) sino en la narración de una realidad, en la investigación de las relaciones humanas y la complejidad que subyacen en toda situación proclive a la podredumbre. Seguramente no nos encontramos frente a la mejor novela de Guelbenzu, pero el segundo cometido se cumple perfectamente (no podía ser de otro modo, no es necesario recordar quién es Guelbenzu ni qué significa en nuestra historia literaria reciente). El primer cometido (el rompecabezas, el juego) también se cumple, aunque no podemos dejar de pensar que situar la acción, al menos el

inicio de la misma, en los días previos a la muerte de Elena hubiese resultado probablemente más efectivo y hubiese facilitado la necesaria implicación del lector en una novela como ésta.

Fiel a ese juego de decir callando descubrimos a Mariana, al final de la novela, manteniendo una conversación sobre “el caso” en buena compañía y en un lugar inesperado. Miente a su amiga Sonsoles: ha pasado el puente sola como siempre. Pero en lo que no le miente es en su apreciación de la familia Fombona. Para eso habrá servido la investigación: haber descendido los peldaños de los miedos y las miserias para saber al final que el menosprecio sí sirve para algo.

RAMÓN ESQUIROL

## VIAJE A JUANCHACO

**Saide,**

Octavio Escobar Giraldo,  
Premio Crónica Negra  
Colombiana,  
Cáceres, Periférica,  
2007, 152 pp., 12,50 €.

La distinción convencional es que en una novela de misterio la trama está orientada hacia la resolución del crimen, y en un *thriller* el crimen mueve la acción. La novela negra participa en medida desigual de ambos recursos. En el caso de *Saide* el crimen ha ocurrido ya, antes de la narración. Se trata de un doble asesinato en el que mueren ametrallados Saide Malkum y su acompañante, un tal Carlos Patiño, hombre de poder del que consta su relación con medios criminales. El elemento de *thriller* viene dado en la forma narrativa, pues el lector no sigue la resolución de un crimen, sino que asiste más bien a su desvelamiento. No hay detective, sólo el relato de un proceso que incluye información sobre muertes queridas.

El narrador comienza su historia dando noticia de un caprichoso viaje en barco desde Buenaventura, población colombiana de la costa del Pacífico, hacia Juanchaco y las playas de Ladrillero y La Barra. El doctor Díaz-Plata promete al narrador que le contará qué pasó con Saide si accede a acompañarlo. Díaz-Plata refuta la tenue alegación resistente del narrador: “el trabajo no es una cosa tan seria. Importan más la amistad, el amor, la camaradería; para eso trabajamos, para el ocio. Por favor, mi joven amigo, acepte usted la invitación.” Se explicita así un factor esencial de toda novela

negra que se precie: la vida se juega más allá del cálculo. En esa medida el narrador debe combatir lo incalculable, o sucumbir a ello, echando mano de cualquier fuerza estoica o resignada que sus hados le hayan deparado. No hay novela negra sentimental. Al mismo tiempo, toda novela negra rompe el corazón.

Avanza el relato. El lector sabe que Díaz-Plata revelará que pasó con Saide. El narrador narra el proceso de esa revelación, y por qué le importa. Él administra en la pequeña ciudad, apenas hace unos meses, entre palmeras, mar, y “la mugre del día,” una desventurada oficina de Correo Total, de la que espera largarse pronto. Fracasó en la radio bogotana como locutor, y no es que ahora se esté matando de trabajo. Sus dos asistentes, dice, “cumplían a la perfección mis obligaciones,” y así él tiende a pasar los días entre el restaurante que atiende su amante de ocasión, Melva Lucy, y la cama con ella, y las noches en El Sello Negro, ingiriendo *whisky* con su ex colega Bernal. Ambos comparten un piso con poca ventilación y congenian “como dos viejas chismosas”.

En la oficina conoce un buen día a Saide, que está remitiendo un envío a algún lugar de Estados Unidos. Poco después la encuentra de nuevo, mientras fuma un cigarrillo a la espera de que se resuelva un largo atasco en la carretera de Cali. El atasco persiste, y Saide invita al narrador a pedir asilo con ella y el chófer en la finquita cercana de un amigo. Esa madrugada, el desvelado narrador ve secretamente a Saide nadar, ligera, desnuda y ensimismada, en la piscina. Habrá un tercer encuentro, un viernes en Correo Postal, y la promesa de un almuerzo para el lunes. Pero el lunes la noticia del doble asesinato

aparece en los periódicos.

La economía narrativa es notable. Incluso noticias insistentes sobre la relación hostil entre el narrador y su padre acaban señalando por qué los intereses anímicos del narrador no buscan sino lo que buscan, si “buscar” es la palabra. Circulan deseo y placer de forma primaria, intensa, y a la vez tenue. El narrador y Bernal y Malva Lucy son normales, honrados, sin más pretensión que ir viviendo de la mejor forma posible. Pero hay también pasión obscena y posesiva, y el mundo de Aguas Blancas, origen de Saide, revela el entramado siniestro de la corrupción por dinero y poder, de la disolución de las viejas costumbres sin las cuales no habría novela alguna. El abismo del que la novela negra vive—la novela negra es siempre catástrofe de la novela en cuanto tal—aflora en el lugar que produce a Saide.

El momento de reconocimiento en la fascinación erótica del narrador viene acompañado de la música de los grandes éxitos de Raphael, al que pronto sin embargo se le hace “cerrar el pico.” El humor acompaña la austeridad medida de una narración escueta, que asciende con soltura hacia un clímax atroz, sólo vagamente predecible en relectura.

*Saide*, como otras obras maestras del género, es también un cuento de amor, del rango del clásico *El complot mongol*, del mexicano Rafael Bernal, homenajeado quizá en el nombre del amigo del narrador. Tiene la precisión literaria y el brillo lúcido de otras joyas de la narrativa negra latinoamericana, como la reciente *Un dulce olor a muerte*, de Guillermo Arriaga, o la más antigua y mayor *Morir en el Golfo*, de Héctor Aguilar Camín.

ALBERTO MOREIRAS

## AUSTERIDAD, MUNDO Y SINSENTIDO

### Viejas historias y cuentos completos,

Miguel Delibes,  
Palencia, Menoscuarto,  
2006, 536 pp., 22 €.

Miguel Delibes dedicó una atención especial al género del cuento en sus varias manifestaciones entre los años cincuenta y mitad de los sesenta. El primero de sus libros de relatos es *La partida*, de 1954; en 1964 publica *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Entre medias *Siestas con viento sur* (1957) y algunos otros cuentos que recogería más adelante ya en los años ochenta. Son diez años importantes, no en vano por aquel entonces Ignacio Aldecoa publicó algunos de sus más memorables libros de relatos, *Víspera del silencio* (1955), *Espera de tercera clase* (1955) o *El corazón y otros frutos amargos* (1959) o Mario Lacruz escribía en el hueco del anonimato otros como “Un verano memorable”. Sería exagerado, con toda seguridad, hablar de una Edad de Oro del relato español, pues si bien hubo algunos excelentes, como los mencionados, la producción general de la época tampoco permite lanzar salvas de júbilo, aunque al final lo que cuente no sea la cantidad sino la calidad. Y en lo tres mencionados, ésta es insuperable.

La obra cuentística de Delibes ha quedado siempre ensombrecida por sus novelas, creo yo. Esto